
Presentación de *El arte de emprender*, del vicepresidente del Perú Raúl Diez Canseco

Madrid, 19 de marzo de 2013

“Quiero dedicar unas palabras a Raúl Diez Canseco y su relato vital.

Raúl es una persona que se podría definir como un jugador de todo el terreno de juego, si se me permite la comparación deportiva.

En política ha desempeñado las más altas responsabilidades que su país le demandó. Su participación política fue destacada, mostrando siempre un espíritu de unión, amplitud de miras y de sentido de estado. Con eficacia y compromiso con su país, ejerció la Vicepresidencia de la República del Perú.

En el ámbito académico, Raúl es el fundador de la prestigiosa Universidad San Ignacio de Loyola. Universidad que conozco desde hace mucho tiempo. Conozco de cerca el magnífico trabajo y los sólidos principios que la cimentan. Me une una firme identificación con los valores y principios que vertebran esa casa, en la que he sido investido con un Doctorado honoris causa, del que me siento muy orgulloso.

Además una universidad hermana de la Fundación FAES en la que hemos celebrado uno de los encuentros más importantes del pasado año, el Campus Faes Perú 2012. Experiencia que esperamos poder repetir también en los años venideros.

En lo empresarial, Raúl Diez Canseco se ha caracterizado por llevar adelante proyectos que han puesto siempre en valor el trabajo juvenil, el emprendimiento y la innovación.

Por último quiero, para no extenderme en un elogio más que merecido decir que cuenta con una doble cualidad muy difícil de conjugar en una persona.

En sus pergaminos se traza una tradición familiar inigualable especialmente por su cercanía a uno de las grandes figuras de Perú, Fernando Belaúnde Terry. Pero por otro lado Raúl, aun con esas credenciales, ha sido promotor exclusivo de su propio éxito personal.

Y eso, estoy convencido, ha sido gracias a su inconformismo vital, su inquietud permanente y la pasión y voluntad que le pone a los proyectos que decide emprender.

Emprender es, ante todo, una cualidad humana. No es un don concedido a unos pocos privilegiados, ni es una habilidad propia de ciudadanos de determinados países o regiones.

Emprender es una disposición personal, una actitud ante el trabajo y una predisposición ante a la vida. Todos podemos ser emprendedores si tenemos voluntad para ello. Cualquiera puede ser emprendedor si se lo propone.

Sin embargo, la predisposición para emprender debe estar acompañada por un marco institucional que impulse la creación de empresas.

El emprendimiento es pues una virtud pública, no sólo privada. Una virtud que las sociedades necesitan, y que por ello deben impulsar.

Este impulso no se puede reducir a lo estrictamente empresarial ni a lo estrictamente económico. Tiene que ser de largo plazo. Ciertamente, lo que hace posible la empresa, el desarrollo económico y social es un marco fiscal adecuado, una normativa comercial simple y clara, y un entorno favorable a la innovación y la iniciativa.

Pero todo esto no es más que una parte de algo mucho más amplio, una parte de un entorno institucional, de una cultura política y ciudadana que alienta el progreso integral de un país o que, por el contrario, lo obstaculiza.

Hoy no podemos ignorar que algunas de esas condiciones que hacen posible el progreso de los países se están debilitando, también entre nosotros. Vivimos en una frecuente exaltación de la irresponsabilidad consistente en la tendencia a banalizar lo importante y atribuir una importancia inmerecida a lo banal.

Experimentamos estados de opinión en los que atenerse a la sencilla lógica democrática constituye para algunos casi una provocación.

Pero defender la democracia, entendida no como decorado sino como realidad social vivida, no sólo no es una provocación sino que es una elemental obligación de ciudadanía. Es un deber defender la democracia como fuente de legitimidad, como procedimiento de deliberación, como mecanismo de integración y de representación precisamente ahora. Es una obligación que cada uno debe ejercer a su manera, en sus circunstancias. Es un deber de ciudadanía.

Vemos las manifestaciones de una crisis institucional, en una percepción que se agrava en este contexto de la civilización del espectáculo que tan magistralmente ha descrito nuestro compatriota, e insisto en lo de "nuestro", Mario Vargas Llosa. Un afección cultural en el que el debate público difícilmente encuentra condiciones para desarrollarse de una manera fructífera. Una crisis que mas de uno se propone en convertir en una rampa deslizante hacia situaciones de desorden social en el que todo valga, donde nadie esté en su sitio ni haga lo que se espera de él.

Si se aplica la sencilla lógica de la democracia -que algunos consideran provocadora pero que la inmensa mayoría consideramos sumamente tranquilizadora- nos encontramos con algunos problemas que por afectar al entorno institucional y al rendimiento de las instituciones lastran el progreso de nuestro país.

No es aceptable, por ejemplo, que quienes declaran abiertamente la voluntad de destruir la nación -e insisten en promover procesos de secesión- utilicen como plataforma de sus pretensiones las mismas instituciones cuya legitimidad niegan porque forman parte de un sistema político que se proponen romper.

No es aceptable que se exija del Gobierno y en nombre de la paz que los asesinos salgan a la calle sin pagar por sus crímenes y sin arrepentirse de ellos.

Es inaceptable que los políticos no puedan ejercer su tarea de representación y dirección con libertad y sin presiones. Y es igualmente inaceptable que haya quienes dicen hacer política y lo hacen sin honradez y sin transparencia.

Es inaceptable que se pretenda eliminar la separación y equilibrio entre poderes, y que alguno pretenda ejercer o suplantar las funciones de otro. Que se quiera impedir que gobierne quien tiene la legitimidad y debe hacerlo, y que se pretenda que gobierne quien no puede exhibir ni legitimidad ni derecho.

Es insano para la democracia que se quiera hacer del funcionamiento del Estado de Derecho un espectáculo que, por cierto, es algo muy distinto, es lo contrario de la ejemplaridad que debe acompañar a la acción de la Justicia. Como es pernicioso para la salud democrática que se difunda una sospecha general sobre todo y sobre todos, de manera que se dañe gravemente el vínculo de lealtad entre las instituciones y los ciudadanos.

Es preocupante que los sectores centrales de la sociedad que son las clases medias, extensas y plurales, puedan sufrir un deterioro prolongado en el tiempo de sus expectativas, de su potencial de movilidad social, de su proyección profesional y de la capacidad para emprender porque sin clases medias no hay estabilidad, ni hay prosperidad ni hay emprendimiento. Y como ese deterioro en el largo plazo sería un proceso de consecuencias muy negativas, esos sectores deben sentir su importancia, deben saber que sus esfuerzos y sacrificios son reconocidos y que van a abrir un horizonte en el que fortalecer las clases medias será un compromiso político absolutamente central que yo, desde luego, apoyo sin reservas.

Y puesto que todo esto necesita mejorar, como se dice en el lenguaje docente, es necesario reaccionar ante ello. Y ese deber nos corresponde a todos.

Deben hacerlo, en primer lugar, las propias instituciones que cuentan con un mandato político irreprochable para ello. Para recuperar el crecimiento y el empleo, y también para restaurar la ejemplaridad, la transparencia y el valor normativo de la Constitución y de las leyes, en cuya pérdida se encuentra el origen último de nuestras crisis.

Queremos afianzarnos en la realidad, no en las ensoñaciones del nacionalismo radicalizado, ni en las soflamas del populismo, ni en la nostalgia callejera de los revolucionarios imposibles. Queremos afianzarnos en la realidad de un modelo de sociedad asentado en la libertad y en la solidaridad, en la realidad de una nación que debe compartir ambiciones, proyectos y también esfuerzos, y que quiere seguir siendo protagonista de su continuidad histórica.

Explicar esto, y obrar en consecuencia, es la primera –y nada fácil– tarea de los gobernantes. Hay que ayudar y alentar sin descanso esta inmensa tarea de recuperación nacional que tienen que afrontar con decisión y confianza. Y todo ello en mitad de una crisis política y económica sin precedentes que obliga a una contracción inevitable del Estado y a un ensanchamiento que puede ser prometedor de la sociedad y de las oportunidades.

A todos nos debe animar la grandeza de la que ha dado muestras sobradas la sociedad española cuando se la ha convocado a un esfuerzo común, justo y solidario en encrucijadas decisivas. También hoy, a pesar de la sucesión de imágenes que quieren crear una percepción que dista mucho de la responsabilidad madura de la gran mayoría de nuestros conciudadanos. Porque el emprendimiento es también una virtud de la política, y ahora la necesitamos más que nunca, para afrontar uno de los momentos más importantes de nuestra historia”.